LOS OCHO ERRORES GRAVES DE QUE FUIMOS CULPABLES EN EL PASADO

YAKOV MALKIEL
Universidad de California (Berkeley)

I. El propósito de esta conferencia de clausura no es señalar (y, de ser posible, corregir) unas cuantas equivocaciones de hecho y de interpretación táctica de que nos hemos hecho culpables, como grupo de investigadores, en el pasado reciente. Errores de estas dos categorías son prácticamente inevitables en cualquier programa activo de indagación en el terreno de la lingüística histórica. No, se trata más bien de un examen crítico, a veces no muy caritativo, de las suposiciones y estrategias fundamentales que parecen exigir una revisión radical en el próximo porvenir.

Esto de ninguna manera quiere decir que las teorías y prácticas en cuestión eran equivocadas cuando dos o tres generaciones de eruditos las inventaron, adoptaron y perfeccionaron. Más bien, me atrevo a pensar que, con el pasar del tiempo, se produjeron ciertas exageraciones dañosas o se descubrieron determinados efectos secundarios de algunos entusiasmos exagerados que nadie, en un principio, había previsto. Cualquier tentativa de rejuvenecimiento presupone una honesta discusión de tales materias —desde luego, sin la más leve muestra de ingratitud hacia los maestros, la cual sería de pésimo tono y gusto—. Me ceñiré, en lo que sigue, a ocho problemas fundamentales de esta clase, sin perder de vista la muy alta probabilidad de que, de hecho, la suma de situaciones inquietantes sea bastante superior a tal número.

II. A partir de la época de Friedrich Diez —no el fundador, pero sí el primer organizador de los estudios de filología y lingüística románicas—, nunca ha dejado de existir un enlace muy íntimo de nuestra disciplina —en el nivel de la pesquisa y en el de la enseñanza— con el estudio general de la Edad Media. (Quede entendido que yo aludo, en el contexto presente, sólo a trabajos de carácter diacrónico, excluyendo a propósito las proyecciones descriptiva y normativa.) Esta estrecha alianza de estudios históricos en clave medieval y de contribuciones a la lingüística de tipo filológico en ámbito español, románico o panmediterráneo salta a la vista tan pronto como uno se acuerda del alcance de ciertas revistas muy prestigiosas; de varias misceláneas que hicieron época, como los tres tomos decididamente impresionantes del *Homenaje a Ramón Menéndez Pidal* que lanzó el Centro de Estudios Históricos en 1925; de series

de monografías; de programas de estudios universitarios en varios países; de la extensión temática de numerosos simposios y congresos.

El origen de esa asociación tan estrecha es perfectamente transparente. El centro de irradiación de tal moda fue la Alemania de principios del siglo XIX, de orientación netamente romántica. Los más brillantes portavoces de la nueva filología, la que se oponía con mucho vigor a la clásica igual que a la oriental, actuaban como representantes de un idearium muy afín al de Jakob Grimm, en el cual convivían, fecundándose mutuamente, el nuevo comparatismo, el apego a la tradición folklórica conservadora de ciertos valores de la primitiva cultura germánica medieval y un conocimiento profesional de la Edad Media europea basado en un escrupuloso examen de las fuentes primarias escritas. Para ellos se trataba de demostrar, con singular ahínco, para no acudir a la voz arrobo («Schwärmerei»), el triunfo del vigoroso mundo paleo-germánico, que en los albores de la Edad Media parecía rebosar de energía juvenil, de iniciativa y de inocencia, ora se tratara de godos, ora de francos, ora de borgoñones, sobre la decadente cultura grecorromana. Su región predilecta era Galia convertida paulatinamente en Francia, una marcada preferencia debida ya a la innegable riqueza y al esplendor de las bellas letras en ambas partes de la Francia medieval (la septentrional y la meridional); ya a la fecha temprana de los primeros textos poéticos redactados en un habla románica; ya a la profunda germanización del léxico «nördlich der Loire», como se decía entonces.

Por lo visto, todavía no había llegado el momento de preocuparse por la difusión del léxico griego desde la colonia helénica de Marsella, hazaña que emprendería un siglo más tarde W. von Wartburg, en un ambiente muy distinto; ni de escudriñar las venerables glosas rabínicas al comentario de Rashi, por la luz que arrojan sobre una antiquísima capa del léxico francés, otra empresa muy notable, que el destino reservó a dos judíos beneméritos: el francés Arsène Darmesteter y el norteamericano David S. Blondheim. Las tentativas de construir puentes directos entre la Antigüedad, casi obligatoriamente tardía, y la fase embriónica de los romances eran todavía escasas hasta los años sesenta del siglo pasado. A título de excepciones muy impresionantes, cito el primer libro de gran envergadura de Hugo Schuchardt, *Der Vokalismus des Vulgärlateins,* basado en el material epigráfico latino recopilado por Theodor Mommsen, y el tratado coetáneo de Hermann Rönsch, también redactado en alemán, sobre la peculiaridad lingüística de las primitivas traducciones de ciertos textos bíblicos al latín, con sostenida atención al habla plebeya de Roma (1869, 1875). Pero, por brillantes que fuesen tales excepciones, no han logrado cambiar el rumbo del desarrollo subsiguiente: los estudios románicos quedaron supeditados a la familiaridad de los estudiosos con la Edad Media, y no con la Antigüedad.

A estas alturas se impone con urgencia la absoluta necesidad de una revisión del sistema de prioridades que hasta ahora han practicado sólo unos cuantos eruditos escandinavos, como Einar Löfstedt y J. Svennung. Se trata de la licencia de abandonar, a veces, la vieja división didáctica de los idiomas en una pléyade, rotulada «clásica», y otra llamada moderna (o, con mayor prudencia, «más moderna» —*neuere Sprachen),* para agrupar el latín en todos sus matices con los romances y para colocar en el mismo nivel de relevancia, para

un romanista equilibrado, el estudio de la Antigüedad y el de la Edad Media. A ninguna persona bien informada se le ocurriría negar la importancia, para la historia lingüística de la Península, de la invasión árabe, de las conquistas carolingias o de las cruzadas. Pero, ciertos beneméritos especialistas aparte, pensamos ya con menor frecuencia en el vaivén de las guerras púnicas, y no me refiero a las pintorescas huellas que dejaron en España fenicios y cartagineses, de interés para el estudioso de la toponimia, sino a las profundas diferencias entre el latín de los legionarios que costeaban el Mediterráneo o cruzaban el Mar Tirreno, y el latín de Julio César o el de los romanos domiciliados dos siglos más tarde en Dacia. No es lícito examinar a fondo ciertos espinosos problemas de la gramática histórica, como los caprichosos reflejos de la *ŭ* breve latina en portugués y en español *(curto* frente a *corto),* o como el uso de los pronombres *ille* e *ipse* en su papel de respectivos puntos de partida para la cristalización del artículo definido, en catalán peninsular e insular (este último parecido al sardo en este respecto), sin acudir, con el detenimiento imprescindible en tales asuntos, al testimonio del latín, bien tamizado. Sólo un conocedor de la Antigüedad se tomará la molestia de averiguar si las formas tan familiares a todos nosotros *maximus* y *aestimāre* fueron precedidas, en la latinidad de la República, por *maxumus* y *aestumāre.* Ahora bien, cuando los latinohablantes de la Península Ibérica —unos provincianos por definición— se enteraron de que *aestumāre* ya había caído en desuso en la capital con una nueva oleada de modas lingüísticas, me parece plausible suponer que, al desechar la variante obsoleta, algunos hablantes bien pudieron permitirse el lujo de ciertos chistes, como dividir el verbo condenado a la decadencia en dos componentes, *aes-* y *tumāre,* atribuyéndolo al odiado mundillo de los recaudadores de impuestos, con tal que equivaliese *aes* a nuestro 'dinero, moneda'. De ahí el verbo *tomar,* en vez de *prender,* tan misterioso para varias generaciones de etimologistas.

Quizás no sea inútil agregar entre paréntesis que, allá por 1925, Ramón Menéndez Pidal tenía graves dudas —de las cuales dejó testimonio elocuente— sobre lo apropiado del título que al fin se dejó persuadir a elegir para su excelente tratado *Orígenes del español;* por lo menos el subtítulo algo circunstanciado aclara de un golpe la verdadera situación. Lo que esa obra maestra de la primera mitad de nuestro siglo de hecho consiguió aclarar era la subida de un oscuro dialecto central, el castellano burgalés, al alto rango de una lengua nacional, en merma de otros dialectos rivales. Pero la incubación del conjunto de tales dialectos queda por averiguar y exige hoy, más que nunca, la pericia de unos buenos conocedores de la herencia de la Antigüedad —muy matizada y aun abigarrada.

III. Como segunda deficiencia de que algunos compañeros de trabajo pueden sentirse y aun declararse culpables quisiera señalar el muy débil desarrollo del comparatismo, excepto en alguno que otro país privilegiado, por ej., Suecia, Dinamarca, Alemania, Austria y Suiza. Lo extraño, para no decir lo chocante, es descubrir que la romanística propiamente dicha no ha arraigado en ningún ambiente románico, a excepción de ciertos centros universitarios italianos: Florencia, Roma, Nápoles, donde se desarrolló en escala modesta. No titubeo en tachar de chocante tal estado de cosas, porque en París, el grupo de

eruditos, en gran parte franceses o personas de habla y cultura francesas, que hacia 1900 se formó en torno a Antoine Meillet, manejaba con pericia y elegancia el método de la lingüística comparada; pero en aquel caso tan excepcional, se trataba rigurosamente de comparatismo indoeuropeo y no románico. Muertos Meillet y el círculo de sus colaboradores más estrechos, desapareció el modelo al que hubieran podido arrimarse los jóvenes comparatistas del país, de formación románica, si existiesen; parece que las heroicas hazañas de figuras como Charles Joret, Gaston Paris y Arsène Darmesteter, para evocar los nombres de tres pioneros del siglo pasado —ellos sí comparatistas— en lo actual no ejercen mucha fascinación al norte de los Pirineos.

En España y en los países de Hispanoamérica no se puede hablar de un fracaso del comparatismo porque hasta los últimos decenios es dudoso que existiera en forma organizada. Unos pocos individuos de mentalidad independiente consiguieron aprenderlo por sus propios esfuerzos, sobreponiéndose a la apatía del ambiente: un Rufino José Cuervo, después de su traslado a París; un Ramón Menéndez Pidal, siguiendo los cursos de Alfred Jeanroy en Tolosa; alguno que otro colaborador rebelde del Instituto de Estudios Catalanes en Barcelona, dejándose entrenar en la Universidad de Halle por aquel brillante pedagogo e investigador, Hermann Suchier. Incluyendo en nuestro *tour d'horizon* a Lisboa, recordemos al muy activo filólogo portugués J. Leite de Vasconcelos, en cuya carrera coincidieron unos pocos años de enseñanza en Francia con la magistral publicación de un texto medieval redactado en antiguo provenzal *(Sancta Fides).* De manera parecida, los años que pasó Américo Castro en Francia terminaron por ampliar sus horizontes no menos que las traducciones anotadas, de innegable mérito intrínseco, que preparó de la gramática latina de Friedrich Stolz y, ante todo, de dos ediciones sucesivas de la famosa *Introducción al estudio de la lingüística románica* que se debe a la pluma de Meyer-Lübke.

Así y todo, conviene admitir que, en todos estos casos, se trata de actitudes o acciones de individuos muy independientes de sus respectivos ambientes; de ejemplos de conducta excepcional o heroica, que provoca admiración sin llevar siempre a la imitación inmediata. Sólo en los últimos años, a raíz de ciertas reformas radicales de la enseñanza secundaria y universitaria en España, el estudio de los idiomas modernos extranjeros —alguno que otro de procedencia latina y de cariz románico— ha alcanzado su merecida importancia. Ojalá el comparatismo románico, método por cuya adopción no me canso de abogar, saque provecho de ese trastrueque de normas y valores.

IV. El método y el correlacionado movimiento científico conocidos universalmente por el elegante lema formulaico alemán *Wörter und Sachen,* es decir, literalmente, 'Palabras y objetos', encerraban, en un principio, una importante tentativa de innovación. Precedieron a la revista científica así llamada (y lanzada en el año 1909) varios artículos muy contagiosos y acompañados de dibujos, fotografías y mapas de unos pocos eruditos prestigiosos, por regla general duchos en dialectología, etnografía y folklore avanzado, entre ellos el germanista Rudolf Meringer y el romanista (entre otras muchas especialidades) Hugo Schuchardt, ambos catedráticos de la influyente universidad austríaca de Graz.

¿Qué significaba, en el fondo, la fórmula aludida? Desde hacía décadas se sabía perfectamente que entre la lexicología (ante todo la de sesgo etimológico) y el estudio de la civilización material —por ej., la de la habitación, de los aperos, de las vasijas y de las varias técnicas de trabajo manual— existía un enlace muy estrecho y, en general, enteramente provechoso. Nadie ignora que Schuchardt, partido en busca del étimon del misterioso verbo *trovare/trouver* 'hallar', no sólo se puso a estudiar sistemáticamente toda clase de redes de pesca, sino que organizó un verdadero museo de tales objetos en su casa —afortunadamente, una casa de soltero.

Es perfectamente comprensible que, con el pasar del tiempo, no hayan dejado de cristalizarse ciertos temas predilectos en los círculos que cultivaban tal clase de pesquisas, por ej., los nombres de los instrumentos de la cosecha y la vendimia, o aquellos de establos, cuadras, caballerizas, pocilgas y perreras, aunque los iniciadores del método no adolecían de ninguna estrechez de horizontes y no se les puede achacar ninguna pedantería. Paulatinamente, no pudo menos de desarrollarse cierta técnica rutinaria para esta categoría de exploración: una capacidad particular para esbozar dibujos, para recurrir al alfabeto fonético al anotarse las palabras-clave del habla regional, etc. Se nota cierta convergencia entre tal conjunto de métodos y aquel a que acudía la geografía lingüística en el auge de su evolución, allá por los años treinta, mientras salía, tomo tras tomo, el espléndido *Atlas lingüístico y ergológico de Italia y de la Suiza meridional* patrocinado por dos inolvidables figuras de la erudición suiza: Karl Jaberg y Jakob Jud. En lo que concierne al creciente interés de los extranjeros por la Península Ibérica, basta recordar al incansable investigador de Hamburgo, Fritz Krüger, y a sus numerosos discípulos, quienes juntos dieron empuje a una clase de investigación que terminó por tener notable éxito aun en España, máxime en los años cuarenta y cincuenta, y dejó huellas aisladas también en la zona andina de la Argentina, a donde se recogió Krüger en los años de su destierro, a raíz de la última guerra. Como les consta, fue Vicente García de Diego quien terminó por tomar el concepto alemán de *Volkskunde* —distinto en varios respectos del de las ciencias sociales como se cultivan en otros climas intelectuales— como fundamento para el enfoque de su *Revista de dialectología y tradiciones populares*.

Observado todo este paisaje, todavía bastante animado hace unos treinta años, se reconoce en seguida que el método en cuestión, intachable en sí como experimento ocasional o como alternativa a lo usual y consagrado, terminó por adolecer a su vez de cierta monotonía. Por apasionantes que resulten, en ciertos contextos, los catálogos de nombres de herramientas, talleres, vasijas, etc., llama la atención que no cuajaron en absoluto trabajos de síntesis basados en tales hallazgos: predominó lo monográfico en una escala escandalosa. Luego, el habla de la clase media atrincherada en las ciudades resultaba pasada por alto. El inventario léxico que de costumbre se tomaba en cuenta a bien mirar resultaba cada vez más reducido: no sólo parece hoy día excesivo el predominio de los sustantivos, a costa de todos los adjetivos, de la gran mayoría de los verbos, del conjunto de los pronombres y de las preposiciones, de un sinnúmero de giros adverbiales, etc., sino que, aun entre los sustantivos, no menudean clases semánticas nada privilegiadas, casi pasadas por alto, como

los nombres de defectos físicos, de enfermedades, de rasgos del carácter simpáticos y antipáticos, de parentela, de las partes del cuerpo humano, etc. Lo que resulta todavía más grave es que, por fatal coincidencia, los verbos, los pronombres, las preposiciones y, hasta cierto punto, los propios adjetivos, en lo actual, ocupen el centro de animadas discusiones en terreno morfológico, sintáctico y semántico. El favoritismo inherente al programa de *Wörter und Sachen* es lo que perjudicó su boga. El público, saciado de los temas de discusión estilo «Palabras y objetos», ansía aprender algo sobre «Palabras y acciones», «Palabras y estados», «Palabras y cualidades», «Palabras y relaciones». De ahí la necesidad de una reforma.

V. En un principio, estaba bastante lejos de ser particularmente estrecha la asociación de la lingüística románica avanzada, de tipo universitario y de proyección obligatoriamente histórica, con la educación secundaria y, en general, con un programa realista de enseñanza de los idiomas modernos. Quienes practicaban nuestra disciplina en el plano intelectual no se ganaban el pan siempre como pedagogos (o como profesores de futuros pedagogos), sino muchas veces como archiveros, paleógrafos, bibliotecarios (catalogando, por ej., manuscritos o libros raros y curiosos). Otras carreras abiertas a tal categoría de peritos eran llegar a ser colaboradores de un museo o de una prestigiosa casa editorial; actuar de traductores y de intérpretes en el servicio diplomático (ministerio o embajada); inclusive ocupar el puesto de un taquígrafo principal. Como ejemplos elocuentes puedo aducir los primeros pasos que dieron Gottfried Baist en Friburgo y Karl Pietsch en Chicago, antes de ocupar las respectivas cátedras universitarias. En este respecto, los romanistas del siglo pasado se encontraban en una situación hasta cierto punto análoga a la de los egiptólogos, orientalistas y estudiosos de las lenguas exóticas de África y de las Américas. Todo el mundo se da cuenta de las desventajas de tal situación; pero tampoco faltaban unas cuantas ventajas, que hoy reconocemos con mayor claridad que nuestros predecesores, y aun con un poco de nostalgia. La principal de ellas era cierta independencia del especialista en cuestión de los caprichos del «mercado» de idiomas modernos. Supongamos el caso siguiente, no enteramente teórico: una gran potencia pierde una guerra (y, a raíz de la derrota, también su imperio colonial); por consiguiente, el vivo interés por el estudio práctico de ese idioma cae instantáneamente por el mundo entero. Pero de ninguna manera ha de disminuir la curiosidad por la lengua y la literatura medievales y renacentistas de esa espléndida cultura. La existencia de puestos de labor científica autónoma —independiente del vaivén de la universal demanda por lo ultramoderno— encierra, pues, cierta garantía de la continuidad del compromiso entre el individuo de alta especialización y la sociedad a que pertenece.

Este análisis se deja extender a las así llamadas lenguas muertas (lo que a veces equivale a declarar: los estadios muy antiguos —dicho de otro modo, las fases «clásicas»— de idiomas que aun hoy día gozan de la mejor salud); por ej., al griego ateniense y al latín augustal, para no aludir al hebreo bíblico redivivo.

Hace medio siglo era todavía perfectamente normal que un joven o una joven de diecinueve años deseoso de ingresar en una universidad centroeuropea o escandinava y dotado de inclinación humanística trajese en su «equipaje»

una familiaridad de nueve años con el latín y otra, de seis años, con el griego —aprendizaje impresionante—. Entonces, el candidato se encaraba con una dolorosa bifurcación: en un país de cultura alemana, por ej., convenía elegir, a partir de ese momento, a las lenguas clásicas o las modernas, alternativa esta última que no ponía de relieve el provecho que se podía sacar del prolongado estudio anterior del latín y del griego.

En Francia, por otra parte, hasta fines de los años sesenta del siglo presente, el afortunado habitante de París podía seguir los cursos y seminarios muy sofisticados que le brindaban la Sorbona, el Colegio de Francia y la École pratique des Hautes Études, eso sí; pero, a título de preparación para la futura carrera de un respetable profesor de liceo, el candidato se veía constreñido a combinar el francés con el latín y el griego, la famosa tríade obligatoria que obstaculizaba cualquier preparación, desde el primer momento, en la lingüística románica comparada, donde se pusiese el acento, obligatoriamente, en el íntimo conocimiento del portugués, del español, del catalán antiguo, etc., para no explayarme sobre el sardo, el dálmata y el rumano. El vacío que se produjo en tales circunstancias explica varios fenómenos y acontecimientos incomprensibles a primera vista, desde la atalaya de otros países.

Así, unos cuantos años después de la Primera Guerra Mundial el brillante comparatista polaco Jerzy Kuryłowicz —todavía muy joven y, por consiguiente, flexible— se encontró en París con una beca para el estudio avanzado de la filología y lingüística románicas. Pero encontró tan aburrido el ambiente que, a las pocas semanas, decidió ingresar en el círculo indoeuropeísta de Antoine Meillet, con las repercusiones que todos ustedes conocen. Por otra parte, el único francés de la generación precedente quien de hecho brilló por su labor lingüística como romanista fue el vasco J. Saroïhandy, me figuro que a causa de su familiaridad casi innata con tres idiomas: el español, el francés y el éuscaro. Saroïhandy ocupaba el modesto puesto de profesor de idiomas en el liceo de Versalles; pero, al enfermarse gravemente su maestro, Alfred Morel-Fatio, el hispanista más destacado del país, el ministro (o el rector) no titubeó en invitar al humilde discípulo Saroïhandy a reemplazarle.

Para volver a nuestro tema tan apasionante: en resumidas cuentas me parece imprescindible que, al lado de carreras netamente pedagógicas, que se dejen encuadrar en el fluctuante sistema de enseñanza secundaria, surjan y queden aprobadas suficientes carreras de investigación pura, controladas por intereses estrictamente científicos y, por consiguiente, favorables al desarrollo del comparatismo románico por todas partes.

VI. Como la siguiente admisión de error y a título de consejo de mejora o reforma en el próximo porvenir, les animo a prestar mayor atención, en clave crítica, a la lingüística descriptiva, vigilando su ultrarrápido crecimiento y sus triunfos, no todos ellos exentos de graves peligros para nosotros. Conviene encarar una situación delicada con serenidad, sin envidia y con los nervios muy tranquilos.

Muchos individuos de mi generación todavía se acuerdan perfectamente de un clima de opinión en que era inconcebible cualquier trabajo serio en el dominio de la lingüística que no fuese estrictamente diacrónico. Quien se atrevía a abandonar la diacronía (o la evolución) corría riesgo de colocarse

fuera del terreno científico, declaraba allá por 1880 el portavoz de los neogramáticos, Hermann Paul, el autor de la centelleante síntesis *Prinzipien der Sprachgeschichte*. Pero, como cualquier monotonía ininterrumpida no puede menos de causar cansancio, así también el historicismo puro, aun cuando seguía reconocido como el único camino ortodoxo, comenzaba a aburrir a los jóvenes. Devorábamos con avidez los tratados de Ferdinand de Saussure y Charles Bally, aun cuando nuestros catedráticos se ingeniaban a no mencionarlos en sus cursos de conferencias.

En el ínterin, como les consta, se ha producido una verdadera revolución —una especie de trastorno o revuelco—, cuyas causas y rumbo no es mi propósito reconstruir minuciosamente en esta ocasión. No cabe duda de que contribuyeran a ese violento trastrueque de valores varias circunstancias en parte conexas, en parte independientes; basta mencionar, del lado positivo, el enorme aumento del prestigio de la sociología propiamente dicha y de las otras ciencias sociales afines; y del lado negativo, la trágica pérdida de autoridad y simpatía que sufrió, a lo largo de algunos decenios, la escuela alemana de la lingüística diacrónica, que había ejercido un influjo enorme (y, por lo menos en parte, beneficioso) a lo largo de un siglo. Lo verdaderamente peligroso es que, si cesamos de sacar en limpio las concatenaciones de sucesos, corremos el peligro de desaprender el arte de determinar el juego de las causas que determinan cualquier cambio lingüístico, lo que sería una pérdida muy grave, para no decir fatal, para el bienestar del «historicismo ilustrado» en nuestro terreno. Verdad es que no han faltado tentativas aisladas de reconciliar los dos ejes, el sincrónico-descriptivo y el diacrónico-explicativo: hablando de romanistas, pienso en figuras como Max Leopold Wagner, Karl Jaberg, Jakob Jud, Walther von Wartburg y Gerhard Rohlfs; pero no ha surgido a tiempo de sus tanteos ninguna teoría de conjunto, aplicable a otras tajadas de material lingüístico. Tampoco la flor y nata de los estudiosos de la lingüística general y del indoeuropeísmo tardaron en diagnosticar y lamentar la falta de una conexión entre la visión descriptiva, en clave estructuralista, y el tradicional análisis histórico-causal —pensemos en los logros que hizo nuestra disciplina en manos de unos agudos representantes de la Escuela de Praga, o de un Benveniste, un Kuryłowicz, un Martinet— sin que se pueda afirmar que hayan conseguido restablecer el equilibrio, pese a éxitos individuales. Ello es que entre los historiadores (no sólo los de orientación cronística) sigue teniendo mayor peso el hallazgo concreto de un caudal de hechos desconocidos o previamente mal encarados que la más elegante o elocuente de las teorías abstractas.

Por consiguiente, opino que hace falta un desapasionado estudio del actual innegable éxito del descriptivismo, el cual se presta fácilmente a la simplificación, frente al historicismo, condenado a hacerse cada vez más enrevesado, para que estemos en condiciones de sacar alguna que otra conclusión de nuestro pronóstico de tan peligroso desequilibrio.

Hoy por hoy, no tengo ningún atrevido plan de reforma radical que suministrar a esa asamblea, pero sí puedo llamarles la atención a ciertos aproches que a lo mejor merecen su simpatía.

Un camino digno de su interés es el fomento de la etimología, por la sencilla razón de constituir ella la única subdivisión de nuestra ciencia que, casi por

definición, no admite ninguna perspectiva o proyección intrínsecamente sincrónica. Huelga agregar que, para que tal medida sea eficaz, debe tratarse de un sondeo lexicológico de calidad sobresaliente.

Otro camino que conduce a la restauración de la supremacía de lo histórico es la agrupación de dialectos sueltos en familias y subfamilias. Aun tratándose de idiomas faltos de documentación antigua, como lo son las lenguas indígenas de las Américas, es inevitable y, por cierto, muy digno de aplauso que la discusión de tales asuntos termine por encauzarse en un marco diacrónico.

Por último, no es obligatorio que un análisis descriptivo siempre ataña a textos de la edad presente. No hay óbice a que tal ejercicio de cirugía quede aplicado con igual éxito y rigor a trozos en prosa de don Juan Manuel, hacia el primer cuarto del siglo XIV, o a los versos coetáneos de Juan Ruiz. Trabajos de tal sesgo no llevarían a una ruptura tan brusca con el eje histórico como cuanto lleva a cabo la mayoría de los descriptivistas a banderas desplegadas.

Estas tres contramedidas puede ser que contribuyan a la restauración de la curiosidad aun de principiantes por la diacronía tan amenazada.

VII. El descanso siguiente en esta dificultosa escalada debería ser el hallazgo de informaciones satisfactorias sobre lo que representan, en el fondo, los conductos de transmisión del léxico latino en ambiente románico. Por desgracia, sobre este tema de relevancia insuperada casi no existen, que yo sepa, informes fidedignos y puestos al día. Los fundadores de nuestra disciplina ni se daban cuenta de la existencia de tal categoría, que a veces nos autoriza a distinguir palabras transmitidas oralmente, con intervención de varios cambios de forma y de contenido, es decir patrimoniales, de otras, carentes de tales acomodaciones, con que los intelectuales de la Antigüedad tardía, de la Edad Media y de las épocas subsiguientes, o, dicho más concretamente, teólogos, jueces, traductores y científicos, topaban en sus atentas lecturas de textos latinos de importancia consagrada y universalmente reconocida; voces que ellos se apresuraron a trasladar, con adaptación mínima, al respectivo idioma romance; dicho de otro modo, los cultismos. Tales préstamos pedidos al latín y, con el pasar del tiempo, también al griego ora pagano, ora cristiano (o judeocristiano) eran, por decirlo así, citas y bien hubieran podido llegar a escribirse con letra cursiva o entre comillas, para quedar mejor separadas del resto del léxico, si tal hubiese sido el propósito de los árbitros del buen gusto.

Extraído de los manuales este acopio de definiciones enteramente triviales, quedan por plantear y resolver varios problemas intrínsecamente apasionantes que, si no me engaño, han sido descuidados casi por entero hasta ahora.

Para comenzar, ¿cuál es el aproximado porcentaje de voces de transmisión ambigua; es decir, de unidades del léxico, de etimología enteramente diáfana, sobre cuya presumible trayectoria la aplicación de las así llamadas leyes fonéticas no revela absolutamente nada? Me refiero a voces como *duro*, *muro* y *puro*, a diferencia de *muelle* y *pared*. ¿Qué técnicas indirectas existen para solucionar tales problemas de estadística?

Segundo, ¿cómo cabe clasificar voces de forma rigurosamente culta, pero de significado algo y aun muy divergente del que lucían en una de las dos lenguas clásicas? Así, *blandus* en latín de ninguna manera significaba 'muelle';

equivalía a 'agradable, halagüeño', y el verbo correspondiente, *blandīrī*, por su lado, quería decir 'halagar'. ¿Conviene postular una categoría intermedia?

Tercero, sin la menor duda hay un elevado número de voces latinas o grecolatinas que, a veces desde el primer paso de sus respectivas biografías, aparecen en un romance en forma culta y en otro en forma patrimonial. Así, *firme* en español, igual que en portugués, parece hacer eco al adverbio tradicional *firmē;* tal peculiaridad, así como la conservación de la *i* breve en sílaba acentuada, evocan una acción del conducto erudito, a diferencia de cuanto debió de acontecer en protofrancés (testigo *ferme)* y en protoitaliano (testigo *fermo,* con ligera dislocación semántica); compárese, en español, *enfermo*< *infirmu.*

Cuarto, al lado de voces cultas de invariable apariencia erudita en cualquier respecto, como *égida* o *efigie,* las hay que compiten con equivalentes patrimoniales dentro del mismo idioma, por ej., *íntegro* frente a *entero, remitir* frente a *remeter.* ¿No convendría recurrir a etiquetas distintas para estas dos categorías, de comportamiento algo diferente?

Quinto, y verosímilmente más importante: hace aproximadamente un siglo, los romanistas se enteraron de que, a medio camino (así les pareció a primera vista) entre las palabras patrimoniales «cien por cien» y aquellas que merecían llamarse verdaderamente cultas, no faltaban unos cuantos casos de cultismo parcial; dicho de otro modo, de una mezcla de rasgos cultos y patrimoniales. Así, la voz *ejemplo,* primero se alejó de su base etimológica *exemplum,* llegando en el apogeo de la Edad Media a asumir la forma, muy común entonces, *enxiempro,* con un máximum de cuatro desvíos; luego se vio reducida a *ejemplo,* con un solo desvío, que corresponde a la «jota». Semejante estado de las cosas provoca dos preguntas independientes: ¿Es parecido zigzagueo de veras la imprescindible condición preliminar para la formación de semicultismos? Y, ¿resulta correcto el término «semi-culto», «halbgelehrt» en alemán, etc., ya que la proporción de los componentes varía tanto de lexema en lexema? Así, en el adjetivo *perplejo* resultan cultos los siguientes rasgos característicos: el prefijo *per-,* la conservación del nexo consonántico interno *—pl—,* el triunfo del monoptongo *e,* en lugar del diptongo *ie,* en sílaba acentuada; al revés, parece patrimonial la transformación del grupo /ks/ en /χ/. En tales circunstancias, ¿no sería más exacto hablar de un 75 por 100 de cultismo? Espero tenerlos convencidos de que en este terreno tan resbaladizo, tan descuidado desde las épocas de Sebastián de Covarrubias y de Friedrich Díez, casi todo queda por hacer.

VIII. Un error grave —mejor dicho, una incontrolable exageración de las más peligrosas— cuya corrección, es cierto, ya comenzó hace aproximadamente un cuarto de siglo— fue la moda de los estudios substratistas que se desencadenó en varios países europeos. A nadie se le ocurrirá negar, como realidad en sí, la poderosa acción, en ciertas encrucijadas, de substratos, adstratos y aun superstratos. La presencia de una pléyade de helenismos en el latín hablado, y de un sinnúmero de voces célticas, ante todo en la toponimia románica, por un lado, y, por otro, de familias léxicas germánicas, perceptibles sobre todo en la antroponimia, así como de eslavismos meridionales y de «arabismos de tipo maghrebí (es decir, marroquí) en determinados rincones

del territorio románico: todo esto me parece una enfilada de hechos incontrovertibles que despiertan la curiosidad de investigadores a quienes comienza a causar ligero aburrimiento cualquier exceso de ingredientes latinos en contexto románico. Tampoco hay necesidad de disculparse de haber abogado por la reconstrucción del elemento vascuence en gascón o en castellano y navarro-aragonés.

Pero el manipular conjuntos de lenguas como el hipotético «mediterráneo occidental» ya suscita grave escepticismo, pese a la simpatía que manifestó por esa clase de labor un gigante del tamaño de Ramón Menéndez Pidal, ante todo, después de su regreso del destierro voluntario. Para comenzar, ¿se trata de una auténtica familia de lenguas, o de una mera alianza de lenguas de origen distinto? Luego, cada hipótesis de esta clase encierra graves dudas, rebosando de cadenas de incógnitas con que los romanistas no estamos acostumbrados a operar. Como les consta, la moda empezó en Italia, en un clima que favorecía el florecimiento de la *glottologia*, es decir, de una disciplina de ámbito especial, la cual, en virtud de la tradición ascoliana, abarca a la vez los estudios indo-europeos y los románicos. Por consiguiente, cuando un Ribezzo o un Bertoldi apelan a la jurisdicción de normas substráticas, no exceden de su competencia de comparatistas versados en dictámenes indo-europeístas. Pero de un romanista se exige según derecho un mayor grado de seguridad en sus pronunciamientos.

Parece que cierta actitud sentimental que no me incumbe juzgar aquí empujó a ciertos romanistas de buena ley a cometer la imprudencia de postular bases prehistóricas enteramente superfluas. El gran Jakob Jud de Zurich, nada reacio a la ocasional postulación de bases pre-indoeuropeas, sabía dónde y cuándo pararse. Pero su simpático y entusiasta discípulo Johannes Hubschmid, en numerosas ocasiones, se abstuvo de atenerse a una cuota razonable de visiones vertiginosas, con las consecuencias que les constan a todos ustedes —igual que otros varios individuos de menor talento y más modesta capacidad para el trabajo duro que presuponen parecidas aventuras.

IX. Al emprender el último segmento de la presente exposición, me apresuro a confesar que se trata de la materia que verosímilmente más me afecta en la actualidad. Haré lo posible para que tal circunstancia medio accidental no me haga desdibujar el esquema que me comprometí a presentar.

El término-clave a que vamos a acudir con este propósito es el fonosimbolismo o, según otra escuela de pensamiento, la expresividad. Es altamente probable la existencia paralela de un morfosimbolismo, pero no resulta imprescindible la discusión de tal problema secundario en el contexto actual. No faltan pensadores para quienes el fonosimbolismo no es más que otro rótulo, mejor barnizado que su predecesor, para reemplazar el término ya clásico, la onomatopeya; pero a mi entender no es así: para mí no cabe duda de que existe cierto enlace que une las voces onomatopéyicas a las expresivas, pero esta última categoría sobrepasa a aquélla en varios respectos, cualitativos igual que cuantitativos. El asunto que más me gustaría poner de relieve es la frecuencia cada vez mayor con que la vanguardia de los eruditos no vacila en aprovechar esa etiqueta tan fácil de manejar: «formación fonosimbólica», sin que, al parecer, a nadie se le ocurra detenerse en un riguroso examen teórico de lo que, en el fondo, representa ese fenómeno tantas veces invocado.

Quizás lo más práctico sea elegir como punto de partida cierto archiconocido capítulo del póstumo *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, el genial antecesor del pensamiento modernista en terreno lingüístico y, a la vez, fundador de la Escuela de Ginebra, para no decir del estructuralismo de cualquier matiz. Ustedes se acordarán de que, en aquella ocasión, el erudito suizo acuñó el marbete «l'arbitraire du signe linguistique». Lo «arbitrario» arraiga en que, de desatenderse ciertos casos periféricos, nada típicos, no hay modo en absoluto de inferir de la forma de determinada palabra su significado. Así, sustituyendo sus ejemplos por otros, sacados del caudal léxico español, es lícito declarar: da la casualidad que /l-o-b-o/, *lobo*, designa un animal carnívoro, y /si λ ó η/ *sillón*, un mueble; pero, de no haber sido estas dos voces familiares al hablante desde su infancia, nunca hubiera logrado adivinar cuál de las dos se refería al animal feroz, por terribles que sean su ladrido y su aullido, y cuál correspondía al mueble muy callado y nada terrible.

Ahora bien: teniendo presente ese famoso veredicto tan radical, que data muy de principios del siglo presente, veamos cómo reaccionó al desafío de tal formulación quizás el más talentoso y mejor informado discípulo y secuaz de Saussure, a saber, Antoine Meillet, profesor del Colegio de Francia, cuando, en estrecha colaboración con su predilecto compañero de trabajo, el filólogo clásico Alfred Ernout, otra gran figura de la élite parisiense, redactó, hacia fines de los años veinte, su merecidamente famoso *Dictionnaire étymologique de la langue latine: histoire des mots,* del cual —como les consta— por suerte salieron otras varias ediciones mejoradas. Ahora fíjense bien en el detalle siguiente: en esta verdadera obra maestra de ciencia etimológica rejuvenecida, se encuentran a cada paso observaciones lacónicas como «mot expressif», que parecen contradecir completamente la idea del esencial marginalismo de la expresividad fónica que emanaba del idearium de Saussure, tan admirado por Meillet, uno de sus más leales alumnos. ¿Cómo se pueden reconciliar dos posiciones tan radicalmente opuestas una a otra? Lo inquietante es que Meillet sugirió a dos discípulos suyos (Alexandre Graur, 1929; André Martinet, 1937) en el más alto nivel del aprendizaje universitario —es decir, al emprender cada uno de ellos la preparación de una tesis de doctorado— que examinasen a fondo una supuesta variante particular de la expresividad, a saber, la reduplicación consonántica (o el alargamiento emocional de determinada consonante-clave), sin que él mismo se tomase la molestia de luchar a brazo partido, por lo menos en su obra escrita, con una cuestión tan reñida. Huelga hacer hincapié en que los dos alumnos, acabados sus respectivos cometidos, rompieron con ese tema tan quisquilloso, dedicándose de allí adelante a pesquisas enteramente distintas, las cuales no tardaron en granjearles merecido prestigio.

Es esta —bastante dramática— concatenación de sucesos, la que, a mi juicio, muestra con mayor elocuencia que otros síntomas de timidez, desprecio o hastío que estamos en presencia de un tema medio prohibido que parece rayar en un tabú intelectual. Por eso mismo me empeño en confesar como última culpa de mi compañía o generación de lingüistas históricos el no haber tomado en serio, hasta ahora, la necesidad u obligación moral de proporcionar una sólida base teórica para la investigación de tajadas muy apetitosas —eso sí— de material expresivo, que podría actuar de aliciente en una nueva etapa de la investigación.